

LA VOZ DEL VIENTO

Los ojos verdes del anciano miraban a través del empañado cristal de la ventana frente a la que siempre se sentaba. Las pequeñas gotitas de la fina llovizna que caía sin cesar le devolvían mil reflejos de sus ojos, microuniversos de imágenes deslizantes que pasaban frente a él, cayendo en finos regueros plateados. Su propio reflejo le parecía extraño al anciano, ya no se reconocía a si mismo; se veía demacrado, las arrugas surcaban su cara apergaminada y su barba rala, descuidada, antaño de un agradable tono cobrizo, se había vuelto gris, como las nubes que cubrían el cielo sobre las montañas. El único sonido audible en el interior de la destartalada y solitaria cabaña era el crepitar de la lumbre y el continuo ulular del viento de diciembre. El viento...

Era un niño feliz. Su vida transcurría tranquila en aquella aislada cabaña en las montañas. A menudo iba con su padre a cazar y a cuidar del poco ganado que tenían; su padre...su padre era un hombre muy fuerte y cariñoso, siempre le cuidaba y le enseñaba como tenía que colocar los cepos o cómo imitar el canto de las alondras en los bosques. El niño quería mucho a su padre. También quería mucho a Luen, el enorme pastor alemán que siempre le acompañaba a todas partes. Luen era muy fuerte y bueno también y el niño se sentía seguro a su lado, incluso cuando se internaba en la oscuridad de los bosques de abetos.

Un día, su padre lo llevó al pueblo para que le ayudase a comprar algunas cosas. El niño entró en el pueblo cogido de la mano de su padre, sintiendo las miradas de los otros niños sobre su nuca. Se sentía nervioso, nunca antes había estado con otros niños, solo conocía la vida en las montañas junto a su padre y su querido Luen. Había mucha gente en la tienda, así que su padre le dijo que le esperase en el abrevadero junto al carro en el que llevarían los víveres que iban a comprar. El niño obedeció a su padre y esperó pacientemente,

mirando las nubes pasar, imaginando fantásticas escenas como las que leía en los viejos libros que su padre guardaba en el arcón de la buhardilla.

Mientras esperaba, vio a muchos niños y niñas pasar. Se dirigió a algunos de ellos, pero ninguno le hizo el menor caso. El niño no sabía lo que era jugar con otros niños y tenía muchas ganas de reír y saltar junto a ellos. Pero ellos le ignoraban. Viendo que no le prestaban atención, decidió volver a mirar al cielo e imaginar sus maravillosas historias. El viento soplaba con suavidad, balanceando los juncos que crecían cerca del estanque del abrevadero y haciendo volar su imaginación más allá del intenso azul.

Pronto, el niño empezó a sentirse incómodo; miró en derredor y se dio cuenta de que otros niños le miraban. No le gustaban esas miradas, eran miradas malas, miradas de gente cruel. Le daban miedo. Los niños malos empezaron a reírse de sus pantalones parcheados y de su vieja gorra de tela. Él se sentía enfermo por la actitud de esos niños... ¿por qué se burlaban de él? Solo quería jugar, quería la compañía de otros niños. Pero aquéllos se burlaban de él. En un momento dado los niños malos le tiraron una piedra que le dio en una pierna, haciéndole sangrar. El niño empezó a llorar; no entendía porqué querían hacerle daño, él no había sido malo, había sido educado, como su padre le había enseñado...pero los niños seguían riéndose mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. El niño se sintió muy triste y solo, quería que volviese su papá. Quería irse de aquel lugar horrible lleno de gente horrible. Los ladridos de Luen asustaron a los niños, que salieron corriendo. Cuando el niño le contó a su padre lo que le habían hecho, su padre lo abrazó y acarició su cabellera rubia, mirándole con cariño. Lo alzó del suelo y le dijo:

-No llores más. Volvamos a casa.

El niño no volvió a bajar al pueblo de los niños malos, le daban mucho miedo. Él era feliz con su padre y Luen. Cuando atardecía, siempre iba hasta una quebrada cercana y se

sentaba sobre una gran piedra a escuchar el ulular del viento. El viento hablaba con el niño. La voz del viento le contaba historias de valientes héroes y bellas princesas, de grandes batallas y ciudades de cristal. Todos los días, Luen se sentaba junto a él en la roca lisa por la erosión y acompañaba al niño en su recorrido imaginario, en sus fantásticas aventuras transportadas por el aflautado sonido del viento entre las cumbres.

El niño sentía que a pesar de su felicidad, algo habían dejado los niños malos en su corazón...se sentía un poco solo. No quería darse cuenta, pero sentía que ya no era tan feliz como antes, jugando con su querido Luen y escuchando a su padre tocar la guitarra por las noches; los paseos por el bosque se le antojaban tristes y aburridos, ya no le maravillaban los colores de las flores y la magnificencia de las cumbres que le rodeaban. Se sentaba junto al perro a escuchar la voz del viento, esperando oír algo más, algo distinto, algo nuevo. Y un día oyó una nueva voz.

Era la voz de una niña, una voz prístina y clara que le llenó de calidez. El niño no sabía cómo era posible aquella maravilla; al principio se asustó, porque recordaba las voces de los niños malos que le hicieron daño. Pero aquella voz era distinta, era la voz de alguien que soñaba con el viento, de alguien como él. Se sintió tan feliz que contestó a la voz y esta a su vez volvió a hablarle. Desde aquel día hablaron mucho ambos niños; él subía a la quebrada y se sentaba a escuchar, hasta que la voz de ella llegaba con el viento. La niña le explicaba maravillosas historias y él le respondía embelesado, hablándole de sus montañas, de su padre, de Luen y de sus pensamientos. El viento siempre le traía su voz clara y acogedora.

El tiempo pasó y el niño sentía que tenía deseos de ver a aquella niña tan maravillosa que le entendía y le trataba con tanto cariño. Quería verla sonreír y saltar, quería revolcarse por la hierba y jugar a luchar con Luen, quería hacer todo aquello con ella. Y mucho más. Pero la

niña estaba muy lejos, muy, muy lejos. Tan lejos que el niño sabía que nunca podría estar a su lado. Y eso le entristecía mucho. Muchas noches, se sentaba junto a la ventana cuando su padre ya dormía e imaginaba que estaba con ella. Solía llorar aquellas noches, tan grande era el anhelo por verla, tocarla...

Un día, su padre se fue a la cama y ya no volvió a levantarse. Aquella noche había hecho mucho viento. El niño no comprendía porqué su papá no se despertaba. Lo llamaba y zarandeaba violentamente, pero éste no se movía. Pronto el niño comprendió que su padre se había ido con el viento, había volado hasta las nubes para ver a su mamá. El niño se sintió muy solo, pues quería mucho a su papá y lloró durante mucho tiempo.

Todos los atardeceres subía a la quebrada para hablar con la niña del viento, eso le hacía más soportable la soledad y la tristeza que le embargaban. Aunque aquella pérdida le hacía sentir más desesperación por no poder estar con su amiga, a la que tantas veces había abrazado y amado en sus sueños.

El tiempo pasó...Luen también acabó yéndose como su papá pero él al menos tenía la voz de la niña del viento. Muchas veces pensó en bajar al pueblo de los niños malos, pero siempre decidía que no quería arriesgarse a que le hicieran daño de nuevo. Así que seguía solo en aquella cabaña entre las montañas, en compañía de sus sueños y aquella voz. A medida que el tiempo pasaba sintió que cada vez hablaba menos con la niña...ya eran mayores, habían pasado años en los que tanto habían compartido... pero a medida que crecían, parecía que iban perdiendo la capacidad de hablar con el viento. Así que un día, la voz de la niña dejó de escucharse. Y el viento ya no decía nada. Solo Silencio.

Desde aquel día habían pasado muchos inviernos, muchas primaveras, pero todas eran iguales para él. Nunca bajó al pueblo de la gente mala, allí solo encontraría sufrimiento y desilusión, crueldad y malicia. Tenía miedo, no quería sufrir, pero el estar solo ya le

suponía un sufrimiento silencioso e insidioso que iba carcomiéndole. Seguía subiendo a la quebrada día tras día, donde antaño había oído al viento cantar sus canciones, donde había conocido a la niña del viento. Siempre guardó la esperanza de volver a escuchar su voz. Pero ni una sola vez volvió a oír la voz de la niña, ni siquiera el viento decía nada. El viento había muerto.

Los ojos del anciano parpadearon, sacándole de su ensoñación, devolviéndole a la triste realidad de su vida. Estaba solo. Nada se movía en la cabaña, solo el fuego de la chimenea, ya casi extinto. El anciano se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta. Cogió su abrigo de piel y su sombrero, herencia de su querido padre y salió al frío del exterior. La lluvia caía levemente, solo chispas de cristal que dejaban marcas oscuras en el grueso abrigo del hombre. Cerró la puerta de la cabaña y caminó lentamente hasta un pequeño huerto con dos cruces de madera. Rezó una breve plegaria por su padre y Luen, ambos enterrados en la tierra que les vio nacer. Miró al cielo; -sé que estáis allí- pensó y se encaminó hacia la espesura.

La figura del anciano se perdió entre los árboles perennes, camino de la quebrada donde antaño había escuchado una voz, donde había soñado, donde había descubierto que quería a otra persona como él. Aún tenía esperanzas, después de tanto tiempo, de volver a oír la voz de aquella dulce niña del viento. Pero dentro de sí mismo siempre supo que lo único que oiría una y otra vez sería el frío ulular de un viento que ya no hablaba. De un viento muerto.